





En las fotos, y por este orden: Felipe IV, Mariana de Austria, Carlos III, la Capilla de Navalcarnero y el malogrado príncipe Baltasar Carlos.

Boda Real en Navalcarnero

Se celebró el 7 de octubre de 1649 entre Felipe IV y Mariana de Austria.

LA novia tenía quince años. Se llamaba Mariana y era hija del Emperador de Alemania, Fernando III. El novio era su tío carnal, viudo y con cuarenta y cuatro años. Su nombre, Felipe, rey de España y el cuarto de este nombre. El lugar, Navalcarnero, una villa cercana a Madrid. El tiempo, 7 de octubre de 1649.

En realidad, en Navalcarnero no se realizó la boda propiamente dicha. Allí únicamente se efectuaron la bendición conyugal y las velaciones. La boda se había celebrado en Viena el 8 de noviembre del año anterior, estando representado Felipe IV en la ceremonia por el conde de Lumbiares.

Cinco días después salió la desposada, acompañada de su hermano Leopoldo, rey de Hungría, con dirección a Trento, donde estuvo unos tres meses, habiendo llegado unos días antes de la Navidad de ese mismo año de 1648. La recibieron los emisarios de su marido, al frente de los cuales iba el duque de Maqueda. Por cierto, Mussolini escribió en su mocedad una novela de un obispo de Trento, en la que hace mención a la llegada y estancia en esa ciudad de la reina española, describiendo con gran imaginación cada uno de los actos que en su honor se celebraron, los personajes que allí se encontraban, etc. «Estaban —escribe Mussolini— los descendientes de las más nobles estirpes de Europa, desde las regadas tierras del Danubio hasta las planicies del Manzanares; desde las infinitas estepas de Hungría a las verdes colinas de Bohemia, y desde...»

De Trento partió para Milán, donde embarcó, llegando a Denia —Alicante— el 27 de agosto de 1649, y el 6 de octubre, a Navalcarnero. Antes había pasado por Almansa, Albacete, Minaya, Corral de Almaguer, Yepes e Illescas.

UN POCO DE HISTORIA

Mariana de Austria no estaba reservada para Felipe IV, sino para el hijo de su primera mujer, Baltasar Carlos,

pero no pudo ser así, ya que Baltasar Carlos murió el 6 de octubre de 1646.

Si el doctor Marañón se ha imaginado cuál hubiera sido el destino de España si, en vez de ser rey Felipe IV, lo hubiera sido el cardenal-infante, su hermano, cotejando dos cuadros que de los mismos se conservan en el Museo del Prado, nosotros, por nuestra cuenta, nos hemos imaginado que Baltasar Carlos no hubiera muerto. Su padre no se hubiera casado con una mujer a la que prácticamente llevaba treinta años. A no casarse no hubiera tenido esa ruina de hijo, que ya rey fué Carlos II, y que podemos contemplar en un cuadro de Carreño que se conserva en el Museo del Prado (cuya reproducción acompaña a este trabajo).

Pero hay más: nosotros hemos visto dos cuadros de Baltasar Carlos pintados por Velázquez. Es un niño rubio, de ojos amplios y, en verdad, hermosos. Parece sano, cosa que no encontramos en ninguno de estos cuadros de personajes de la familia real pintados por Velázquez. Además, en el mismo Museo, existe otro de Juan Bautista del Mazo que nos presenta un Baltasar Carlos de unos catorce a dieciséis años. Es su semblante noble, despejado y limpio. Vemos a Mariana de Austria —en otro cuadro—, la que iba a ser su mujer y luego lo fué de su padre. La vemos, tan niña, casada con un hombre que la llevaba cerca de treinta años. Sus carrillos están colorados, sus ojos, como si hubieran cometido algo malo. Y al ver estos cuadros —pidiendo al lector que vaya a verlos— sentimos toda la angustia de la España de aquel tiempo. Vemos las imágenes de aquellos reyes de labios gruesos y caídos, ojos flácidos, aquellos hombres que eran una pura ruina, que a más de ello, careciendo, al parecer, de personas que les aconsejaran bien, se casaban con sobrinas, con parientas, y haciendo de este modo que la nueva generación de reyes llegue todavía más cansada, más podrida, a gobernar un país que, poco a poco, se iba desmoronando en manos tan poco dispuestas para el gobierno.



El tiempo no ha podido del todo a la Historia. Estas lápidas recuerdan todavía el lugar donde estuvo enclavado el palacio del licenciado Miguel González Ollero, escenario de la primera entrevista de Felipe IV y Mariana de Austria.

Examinar, por ejemplo, los dos matrimonios de Felipe IV es angustiarse. En el primero con Isabel de Francia, tuvo siete hijos. Cinco de ellos murieron antes de cumplir los dos años, algunos con días solamente. El sexto, Baltasar Carlos, que murió aproximadamente a los dieciséis años. La séptima se llamaba María Teresa y casó con Luis XIV de Francia.

De su segunda mujer, Felipe IV tuvo seis hijos. Margarita murió a los veinticuatro años. Después hay cuatro hijos que vivieron, el que menos, unas pocas horas, y el que más, cuatro años. El último fué Carlos, que murió a los treinta y nueve, y mejor hubiera sido que hubiera muerto antes. Fué rey con el nombre de Carlos II, como ya hemos dicho. Y el último rey de la dinastía de los Austrias en nuestra Patria.

Pero volvamos a lo nuestro: a la boda de Felipe y Mariana en Navalcarnero.

LLEGADA DE MARIANA DE AUSTRIA

Estábamos en 6 de octubre de 1649. Mariana de Austria ha llegado a Navalcarnero. Felipe IV, el día 1.º del mismo mes había salido para El Escorial para esperar desde allí la llegada de su esposa. Está impaciente. El 6, que era miércoles, salió para Navalcarnero. Aquella tarde iba a entrar la reina. Un autor anónimo, testigo presencial de aquel acontecimiento, nos dice: «Digo, pues, que a seis de octubre del presente año, llegó la Reyna, Nuestra Señora, que muchos años con su esposo viva, a la Villa de Navalcarnero, que antiguamente y siempre fué grande, pero nunca como agora. Venía con el lucimiento más que posible, a lo que permite tan largo camino. Dícese que antes que llegara, nuestro gran Monarca, movido más del afecto que de la curiosidad, la fué a ver al camino de secreto.»

El pueblo esperaba a la soberana, repleto de grandes señores. Mucha gente había en la calle. El camino por donde iba a pasar su «reyna» estaba materialmente reple-

En primer plano, dos fuertes, pero viejas columnas, parecen sostener el recuerdo de la mucha historia que ha desfilado por esta Plaza Mayor de Navalcarnero. Quizás, simbólicamente, estas venerables columnas, vinculadas a la infancia de Juan de Austria y a la segunda boda de Felipe IV, estén ahí junto a ese moderno tractor para decirnos que todo puede ser posible en la vida de ese pueblo madrileño.

to de arcos y más arcos de verde follaje «con versos e inscripciones alusivas al objeto, y que el Rey había salido de incógnito disfrazado a media legua del pueblo cuando llegaba doña Mariana para atisbar y ver pasar a su futura esposa». Las aclamaciones, el júbilo a la llegada de los monarcas fueron de apoteosis. Además hubo fuegos artificiales, luminarias y música.

Aquella noche Mariana durmió en el palacio del licenciado presbítero don Miguel González Ollero, hijo del pueblo. El rey lo hizo en Brunete.

LA BODA

Al día siguiente (eran las siete de la mañana), el rey ya estaba camino de Navalcarnero. Llegó a las diez. Leamos lo que dice el autor anónimo: «Las diez del día daban cuando, entrando nuestro Felipe el Grande, vió a Su Majestad con gala de noguerado y plata». Y más adelante: «Vieronse las dos Majestades y no sé hablaron por entonces. Lo que debió aquí el amor a la admiración y el recato, pues, haciendo los ojos lenguas, dixo callando muy bien lo que sentía. Hicieronse dos reverencias, dedicándose por señas los afectos. A poco después llegaron al pueblo, donde acompañado de raro lucimiento estaba el eminentísimo señor don Baltasar de Moscoso y Sandoval, Cardenal de Santa Cruz de Jerusalén en Roma, Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas, que venerable, llorando de regocijo, dió a Sus Majestades las bendiciones conyugales con la grandeza y ceremonias que en acto igual se requieren».

Parece ser que la bendición conyugal y las velaciones se efectuaron en la casa-palacio del licenciado Miguel González Ollero. Todavía, en el Navalcarnero de hoy —1955— se conservan cuatro lápidas de piedra berroqueña adosadas a la pared de un corral, en la calle denominada de Felipe IV, de lo que fué casa de González Ollero, que atestiguan este hecho. Una de las lápidas dice textualmente: «Ad perpetuam Rey Memoriam. Palacio Real y Casa honorífica del licenciado Miguel González Ollero, Clérigo, Presbítero, y de Catalina Brunete, su madre, donde se casó y celebró sus Reales Bodas el Rey D. Felipe Cuarto el Grande nuestro Sor. con su sobrina Doña Mariana de Austria, hija del Rey don Ferdinando tercero de éste nombre Emperador de Romanos y Rey de Hungría y de Doña Maria de Austria en siete día de el mes de Octubre año 1649».

La alegría de la ceremonia fué general. A continuación comieron los esposos por separado. «Tuvieron esta tarde —escribe Jerónimo Bascareña— comedia y rematose el día con cantidad no pequeña de fuegos artificiales, que en diferentes castillos ardieron gran parte de la noche».

CORRIDA DE TOROS

Al día siguiente por la tarde, en la actual plaza de Navalcarnero, hubo una corrida de toros. Veamos cómo lo cuenta el autor anónimo: «Vieron —Sus Majestades— los toros en público. No tengo que advertir el aparato de dosel, almohadas, colgaduras y alfombras, pues fué todo, en cuanto hubo lugar, como en la Corte, el despertar de la



UNA gran santa española de los últimos tiempos, la madre Micaela Desmaisieres López de Dicastillo y Olmeda, vizcondesa de Jorbalán, fundadora de las Adoratrices y Colegios de Desamparadas, elevada a los altares por Pío XI hace veinte años, templó su ardiente vocación en las salas del antiguo Hospital de San Juan de Dios.

El caso de esta santa madrileña, pues la capital de España la vio nacer en 1.º de enero de 1809, es un verdadero cúmulo de circunstancias extraordinarias, en las que la mano de Dios se aprecia de un modo claro y concluyente.

Hija del ayudante general del ejército español don Miguel Desmaisieres, descendiente de la más rancia nobleza de Navarra y Flandes, y de la condesa de la Vega del Pozo, dama de honor de la reina María Luisa, aristócrata cien por cien, desarrolló su juventud entre fiestas y saraos, vestidos ostentosos y cumplidos cortesanos. La muerte de sus padres, acaecida tempranamente, y la educación recibida de un eficiente director espiritual, el jesuita padre Rodríguez de Carasa, debió influir, sin duda, en su ánimo de manera tal que imprimió un radical cambio en su vida.

A mediados del año 1844, María de la Soledad Micaela, pues ésos eran los nombres de pila de la futura Santa, ingresó como cofrade de una benemérita asociación que en el Hospital de San Juan de Dios, que fundara Antón Martín en la calle de Atocha, ejercía su misión espiritual cerca de las infelices mujeres que allí encontraban, al término de una vida licenciada, la curación de sus lacras y la salud del alma. Aquella asociación de señoras piadosas, entre las que figuraba doña Ignacia Rico de Grande, la acogió en su seno y desde entonces no dejó de asistir casi a diario a prodigar su consuelo a las pacientes.

Allí nació, sin duda, en su mente, la idea de buscar un lugar en donde recoger a las mujeres que, después de su salida del hospital, tuvieran medio de sustraerse a su mala fortuna y a su desventura, y en unión de otro grupo de mujeres caritativas de la buena sociedad, tomó a su cargo la empresa. En una pequeña casa de la calle de los Dos Amigos tuvo su iniciación el Instituto de las Adoratrices.

Los biógrafos de la Santa y especialmente el padre Risco han explicado bien todas las vicisitudes que la vizcondesa de Jorbalán pasó, antes y después de la puesta en marcha de su magna labor de apostolado y caridad. Dificultades económicas y de todo orden fueron vencidas con tenacidad y fe, y como aquella otra gran figura de la Santidad, la madre Teresa de Jesús, recorrió un verdadero calvario durante toda su vida hasta su tránsi-



LA VIZCONDESA DE JORBALÁN, EN LAS SALAS DE SAN JUAN DE DIOS

La futura Santa templó su vocación en el antiguo hospital de Antón Martín

to en Valencia, víctima de la epidemia colérica en 24 de agosto de 1865. Unos días antes, el 21 del mismo mes, había partido de Madrid para la ciudad del Turia, con el fin de confortar con su presencia a sus religiosas, algunas de las cuales ya estaban atacadas del terrible mal.

De sus andanzas en Francia y Bélgica, adonde la llevaron deberes familiares, dan buena cuenta los cronistas, y son innumerables sus actos de caridad, sobre todo en la capital francesa, en donde su situación privilegiada por recidir en el edificio de nuestra embajada, ya que su hermano ejercía allí un importante cargo diplomático, la permitió desenvolver su ardiente amor al desvalido, incluso en aquellos terribles días de la revolución y del asalto e incendio de las Tullerías.

Durante su ausencia de España las cosas no fueron bien para la obra. Se

notó su falta y las señoras de la primitiva Junta pensaron incluso en disolver el colegio. No contaban con la fe impulsora de la fundadora, que reanudó con más fuerza su tarea y, volviendo sus ojos de nuevo a la asociación que dedicaba sus afanes a las acogidas en el Hospital de San Juan de Dios y a aquella doña Ignacia Rico que las presidía, logró reunir de nuevo a sus albergadas en un pisito de la calle de Jardines, y más tarde en otro mayor de la de Don Pedro, 1, y después ya a uno mucho más espacioso de la calle de Atocha.

Durante los disturbios de 1854, la milicianada invadió el colegio y, tanto durante estos sucesos como en las trágicas jornadas de la epidemia colérica que los siguió, el temple de la futura Santa no decayó un momento, sin dejar de asistir a los apestados, que morían a centenares, entre ellos, alguna señora de la Junta, religiosas y un capellán, en el Hospital de San Juan de Dios.

Tras el fallecimiento del padre Carasa, que tanto la alentó en su obra, la fundadora, ya de la mano del padre Claret, a quien tomó como nuevo director espiritual, obtuvo por fin la ansiada autorización del Papa Pío IX, que aprobó en 5 de julio de 1861 las constituciones y reglas de la Congregación de Señoras Adoratrices y Esclavas del Santísimo Sacramento, con diversas casas ya en Valencia, Zaragoza y otras poblaciones importantes.

Fueron muchas las acciones mila-

grosas o casi milagrosas de la madre Sacramento, y ello bien de manifiesto se puso en su proceso de beatificación, que culminó en la ceremonia celebrada en la basílica de San Pedro en Roma, el 7 de junio de 1925, y donde otro Papa, Pío XI, la elevó a dicha gracia, hasta que el mismo Pontífice, en 4 de marzo de 1934, corona su obra alzándola hasta los altares.

Es curiosa la anécdota que el padre Risco recoge del misionero claretiano, padre Antonio Pueyo, que éste pone en boca de su Santo Fundador. Dice el padre Pueyo que al preguntársele al padre Claret sobre la santificación de su dirigida, la madre Sacramento, éste contestó: «Los dos somos candidatos a esa excelsa gloria de la Santa Iglesia, nuestra madre; los dos llegaremos a ella; pero Micaela es mujer. ¡Primero, las damas!»

U. M.

El Ministro de Educación Nacional impone al Presidente de la Diputación madrileña la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio

EL ACTO SE EFECTUO EN COLMENAR VIEJO,
Y SE SUMO AL MISMO TODO EL VECINDARIO

EN Colmenar Viejo, y con motivo de la inauguración de un nuevo centro pedagógico que la Diputación Provincial, en colaboración con el Servicio Español del Magisterio, ha instalado en uno de los grupos escolares de la citada población, se celebraron el domingo 6 de marzo diversos actos culturales que culminaron con la imposición de la Cruz de Alfonso X el Sabio, por el Ministro de Educación Nacional, señor Ruiz-Giménez, al Presidente de la Corporación provincial, Marqués de la Valdavia.

El Obispo auxiliar de Madrid, Dr. Ricote, celebró la Santa Misa, que fué oída por el Ministro, Autoridades y numerosos fieles.

Después, ante la Cruz de los Caídos, el señor Ruiz-Giménez, a presencia del Marqués de la Valdavia, en su calidad de Delegado Nacional de Ex cautivos; del Gobernador Civil, General Alvarez de Rementería; del Vicesecretario General del Movimiento, camarada Romojaro, y restantes Autoridades, depositó una corona de flores al pie del Monumento, rezándose un responso por el Doctor Ricote. Luego se celebró la inauguración del

centro pedagógico, en el que han quedado instalados un teatro «guignol», cine, radiogramola discoteca, biblioteca infantil y un laboratorio de psicología experimental. A continuación se celebró el acto de la imposición en un local cinematográfico que se inauguraba en la misma fecha.

EL ACTO DE IMPOSICION

En el escenario ocuparon lugares de preferencia, con el Ministro de Educación, el Marqués de la Valdavia, el Obispo auxiliar, el Vicesecretario general del Movimiento, don Tomás Romojaro; el Director general de Enseñanza Primaria, don Eduardo Cantos; el Gobernador Civil, General Alvarez de Rementería; el Jefe Nacional del S. E. M., señor Gutiérrez del Castillo, y Autoridades locales. El Alcalde de Colmenar, señor Torres, saludó a las Autoridades y Jerarquías y se felicitó de que se haya escogido esta Villa para testigo del homenaje que se rinde al Presidente de la Diputación por sus muchos merecimientos, y expresó



Recogemos en esta foto el acto de imposición, que tuvo, por encima de su propia significación —premiar una intensa y extensa labor cultural—, la de celebrarse en un pueblo de la provincia, por expreso deseo del Marqués de la Valdavia, que ha querido testimoniar de esta forma su vinculación a la tierra madrileña.

